

# Cajón de sastre

---

*París, 19 de abril del año dos mil*

Se acabó el misterio, pero quienes creen en el mito no perderán la fe. El niño que murió en 1795, después de un largo y solitario cautiverio, sí era el hijo de Luis XVI y de María Antonieta. El análisis genético del corazón del niño de diez años, muerto oficialmente de tuberculosis, en la siniestra Torre del Templo, resuelve el enigma de Luis XVII. Se han publicado más de 500 libros sobre su posible evasión y sobre los que afirmaron ser Luis XVII o su descendiente. Apuesto a que la ciencia no podrá con el mito.



*Berlín, 20 de junio del año dos mil*

“Un premio con escándalo”, “Polémica en Alemania”, “Premian a un historiador que ve una ‘base racional en el nazismo’”. El historiador Ernst Nolte, acaba de recibir el premio *Adenauer* de literatura. El lector puede hacerse una opinión sobre Nolte, de quien el Fondo de Cultura Económica ha publicado *La guerra civil europea 1914-1945* (FCE; 1994) y más directamente sobre el tema “escandaloso”, un intercambio intelectual entre Ernst Nolte y Francois Furet: *Fascismo y comunismo* (FCE, 1998).



“Homero es mi contemporáneo y no hay nada más viejo que el periódico de ayer”.



*Sondeo en Rusia durante la cuarta semana de abril del 2000:*

“¿Condena usted a los jóvenes que se sustraen al servicio militar?”

No	80.6%
Sí	15.5%
No sé	3.9%

Fuente: *Moskovkie Novosti*, 19-24 abril 2000

*De concordia y discordia*

(1529)

Juan Luis Vives



#### LAS DISCORDIAS EN EL SACERDOCIO

Muchos de éstos pertenecen a la clase culta. No es hoy el clero inferior a los príncipes profanos en el número de soldados, ni a los antiguos jefes en el ejercicio de la guerra, ni a los rúbulas romanos, o leguleyos áticos, en entablar un litigio por cualquier bagatela.

No es lícito comprar el sacerdocio: es decir, no es lícito dar dinero al que lo desempeña tranquilamente para que lo ceda; pero sí lo es quitárselo con molestias, pleitos, fraudes, enemistades, insultos: con procuradores corrompidos, con abogados, con jueces, con la fuerza, o con el latrocinio. ¡Como si esto no fuera peor que aquello! No digo que apruebe esto (¿qué hombre cuerdo lo puede aprobar?): lo que digo es que si esto es más leve que aquello y lo recriminamos tan duramente, ¿qué habrá de pensarse de ello aunque se realice con fórmulas forenses y ritualismos jurídicos?

A los eclesiásticos ocupados en estas cosas no les queda tregua para estudiar, ni para responder a las consultas: sólo tienen tiempo para callejear, planear el litigio, adular a jueces, idear modos y engaños para preparar el triunfo futuro. Por esta causa (y es lo más lamentable), los sacerdotes de Cristo han degenerado mucho de aquella primera y auténtica institución y de la pureza de vida: consecuentemente, el pueblo, con el ejemplo, se ha apartado de la piedad.

Pues ¿qué decir de aquellos que profesan, no la caridad ordinaria, sino la que pudiéramos llamar absoluta, y una perfección de vida y costumbres, por lo cual se dice que renunciaron a todas las pompas y vanidades del mundo? ¿Se ven estos tales libres de las mordeduras del odio, de la discordia y de la envidia?

¿No era de esperar en aquellos que siguen a los apóstoles, que copian la mansedumbre de Cristo y que se despojan de aquellas cosas de donde nacen los odios y las envidias? Pero no es así.

Lucha una orden religiosa con otra, entre odios rabiosos: dentro de la misma profesión, unos con otros se pelean por diferencias en la comida, en el vestido o en las costumbres: dentro del mismo convento se crean bandos y enemistades como en el siglo, por causas pueriles. Pero si tienen algún enemigo fuera, entonces concentran todos sus odios contra él, por muy desunidos que se hallen entre sí: juntan, no su benevolencia y caridad, sino sus fuerzas para dañar al que no sea bien visto de alguno de ellos y le lanzan golpes peligrosísimos.

Supongamos que alguna cosa desagrade, no diré a sus hombres cultos (lo cual sería intolerable en una materia tan delicada), sino al cocinero, o al portero, o a cualquiera de ellos, que ni en sueños ha visto un libro, ni se distinguen por su sensatez o prudencia. Pues ese tal y con él otros muchos (quizá con la protesta de los más eruditos y prudentes), sin haber leído, ni oído, ni visto lo que les desagradó, lo declaran impío, escandaloso y herético.

¿Que qué peligrá con esta declaración? ¡Casi nada! Las tres únicas cosas que tenemos: la vida, la fama y la fortuna.

Viven de la benignidad de los pueblos y, sin embargo, se gozan en ser temidos por ellos y alardean de poderles causar grandes daños. ¡Si serán necios al pensar así! ¿No saben que es muy débil el poder basado en el miedo? ¡Cuánto más firme y duradero sería basado en el amor! A Pablo, por conducirse como convenía a un apóstol de Cristo, le amaban y respetaban todos: todos le hubieran dado las niñas de los ojos, si se las hubiera pedido.

Lo mismo que entre doctos hay quienes conocen y lamentan los defectos de sus compañeros, así tampoco faltan religiosos que vean y sientan las corrupelas de sus hermanos en religión y traten de corregirlas, en lo posible. Sin em-

bargo, si las personas cultas con sus discordias y animosidades dan ejemplos perniciosos y hacen que los estudios en parte sean odiosos y en parte despreciados, mucho más perjudicial es el ejemplo de los sacerdotes para corromper a las muchedumbres, puesto que diariamente acudimos a ellos demandando el perdón de nuestras culpas, les consultamos en nuestras dudas, les escuchamos con la atención y respeto debidos cuando predicán y enseñan y los acompañamos en el sacrificio de la misa. Por eso, según dijo el Señor, son la sal de la tierra. Y si ellos carecen de espíritu, ¿cómo podrán sazonar al pueblo cristiano?

En resumen: las disensiones y odios hacen aborrecibles, en general, al sacerdocio y a los institutos religiosos y lo que es peor, quitan fe y autoridad a la palabra de Dios. ❖

(En *Moralistas Castellanos*, México, Conaculta, 1999: 204-206)